

Introducción

Esta investigación aborda el papel que ha desempeñado el episcopado en la configuración de la sociedad colombiana, a partir del momento contemporáneo en el que ha mostrado un serio compromiso en el trabajo por la paz. En tal sentido, se remonta a antecedentes históricos (siglos XVIII, XIX y XX), en los que, si bien el accionar episcopal no se lee desde el punto de vista de la construcción de paz, su abordaje es clave para la comprensión contemporánea del compromiso episcopal a favor de la paz y la reconciliación.

El trabajo aquí desarrollado se construye alrededor de cinco escenarios o hitos históricos, a saber: a) la insurrección comunera (1781), b) la guerra de los Mil Días (1889-1903), c) la violencia bipartidista (1948-1958), d) la guerra de guerrillas de izquierda versus Estado (1964...) y e) el accionar paramilitar. La selección de tales nodos histórico-estructurales de análisis, para usar la expresión de Mignolo (2007), está orientada por la búsqueda de los elementos que desde hoy comprendemos que están correlacionados con la paz. Cabe señalar que de los estudios sobre la Iglesia en Colombia durante los siglos XVIII hasta nuestros días se destacan los de William Elvis Plata Quezada, Fernán Enrique González González, Ana María Bidegain, David Bushnell, Ricardo Arias Trujillo, Marco Palacios Roza y la Comisión para el Estudio de la Historia de la Iglesia en América Latina y el Caribe (Cehila), entre otros.

Esta búsqueda se realiza desde una comprensión contemporánea de las ideas y las acciones por la paz. Al corroborar qué procesos oficiales alrededor de la paz en Colombia se concretizan tan solo en la década de los ochenta,

momento en que el episcopado se compromete con estos, no significa que la participación anterior de los obispos no deba ser considerada.

El marco referencial que guiará el abordaje de estos escenarios para el análisis de la participación de los prelados católicos en el conflicto colombiano estará supeditado al reconocimiento de la tensión presente en la Iglesia católica de dos modos de concebir el cristianismo. Uno con énfasis marcado en el carácter profético y el otro con una exaltación de lo institucional.

El cristianismo profético se caracteriza por la defensa de los derechos fundamentales de los pueblos y las comunidades, en sintonía y coherencia con el movimiento iniciado por Jesús de Nazaret, mientras que en el cristianismo institucional hay un predominio de lo conservador,¹ cercano a las oligarquías, concebido para justificar la defensa y el orden del *statu quo*, yendo en contravía del Evangelio anunciado por Jesús y que está contenido en la Sagrada Escritura (Flórez et al., 2019).

Lo profético y lo institucional son dos modelos en los que se ha configurado el cristianismo dentro de la Iglesia católica en el ámbito mundial y latinoamericano, con notoria influencia en contextos como el colombiano. Asumimos que un modelo eclesiológico viene a ser aquel modo de vivir y comprender el cristianismo en grandes momentos de la historia, puesto que el cristianismo que conocemos hoy ha llegado a este tiempo a través de un amplio y variado conjunto de mediaciones institucionales y culturales que han dado lugar a los diversos modos de comprenderlo y vivirlo, algunos con un énfasis

¹ Este se refiere a la organización jerárquica a través de la cual la Iglesia católica ha mantenido su estabilidad a lo largo de la historia, mediante sus poderes sagrados, dogmas, ritos, cánones y tradiciones, para propagar el Evangelio en las diversas culturas y pueblos. Una de las expresiones que más se ajusta a este énfasis institucional es la que los estudiosos de la historia de la Iglesia denominaron “régimen de cristiandad” o “régimen de unanimidad religiosa” (Di Stefano, 2000, citado por Flórez et al., 2019, p. 31).

en la institucionalidad y la legalidad, y otros acentuando la opción profética (Flórez et al., 2019, p. 22).

Es de anotar que este libro es continuidad de la segunda fase del proyecto de investigación “Paz e Iglesia” en el que se hizo una revisión teológica de los principios constitutivos de la paz: verdad, justicia, reparación y reconciliación.

En correspondencia con lo planteado, se hará una descripción contextualizada de los escenarios propuestos y se identificarán, fundamentalmente, los antecedentes y sus efectos, los cuales aportarán los datos suficientes para plantear un análisis que dé cuenta del papel ejercido por los obispos por tratarse de miembros que hacen parte de una institución que tiene la misión, según sus propios principios, de salvaguardar la moral y la dignidad de toda persona humana y de la sociedad colombiana en general. No cabe duda de que uno de los ejes articuladores es la observación de la concordancia de los obispos con el Evangelio de la paz anunciado por Jesucristo. Es decir, consideramos que este análisis constituirá un aporte significativo que ayudará al esclarecimiento de la verdad histórica del pasado y a la búsqueda de la justicia como principios fundantes de la paz que ayudarán a vislumbrar un futuro. La historia no es un simple recuerdo, ni la política un acicate de morfina para crear sumisiones, ni la religión un mero ejercicio cultural para estar de espaldas a la realidad social y a las necesidades de la población. De ahí la importancia de la memoria histórica que ayudará a allanar el tránsito hacia la reconciliación y la búsqueda de la paz después de largas décadas de sombría y pavorosa violencia.

Colombia es un país que a lo largo de su historia ha soportado una violencia multiforme que parte de lo económico, pasando por lo político, lo religioso y lo social, y que en las últimas décadas se ha intensificado, sobre todo, en aquellos conflictos relacionados con la violencia política, muy a pesar de los varios procesos de paz realizados.

En muchos de los estudios comparativos realizados en la región, Colombia sigue ocupando ese deshonroso puesto de ser uno de los países más violentos. Razón suficiente para plantear la búsqueda de alternativas y soluciones que ayuden a contrarrestar ese arraigo de la violencia que se ha enquistado en la sociedad y en los ambientes culturales. Esto explica que el fenómeno de la violencia en Colombia es multicausal y se remonta a la Conquista con la invasión española y se mantiene hasta nuestros días, expresándose en una serie de factores como la eclosión de grupos ideológicamente antagónicos que han agudizado el ambiente de polarización en el país y el permanente estado de confrontaciones armadas que vive, entre otros factores que agravan el conflicto colombiano. Los siguientes datos así lo corroboran:

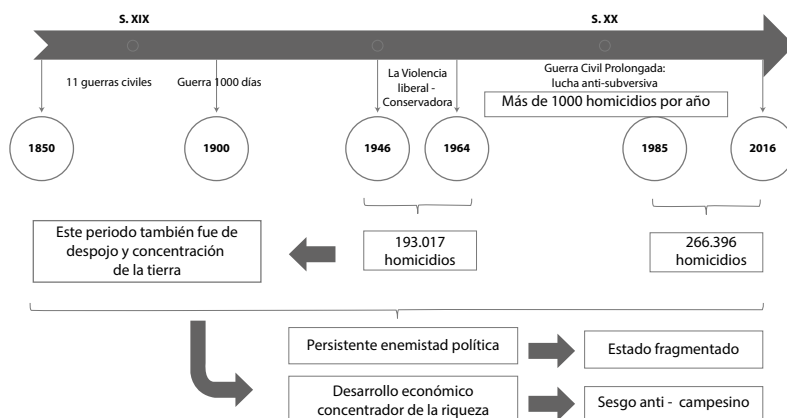
“Más de una decena de guerras civiles en el siglo 19; una guerra de Mil días al comienzo del siglo 20 seguida de enfrentamientos irregulares, por razones políticas, en varias zonas rurales, que culminó con el asesinato del candidato liberal Jorge Eliécer Gaitán en el año 1948. A partir de ese momento se vivió un estado conocido como “La Violencia Política” que produjo cerca de 300,000 muertos. Después de un armisticio entre los dos partidos, llamado Frente Nacional, la violencia homicida se redujo hasta niveles de (20/100,000) habs. Pero al inicio de la década de los años 80 Colombia enfrentó un rápido y elevado aumento de violencia, esta vez originada por el tráfico de la cocaína y

el auge de las guerrillas, que elevó las tasas hasta (80/100,000)". (Guerrero et al., 2017, p. 9)²

Dentro de la perspectiva de la multicausalidad de la violencia colombiana, están también las dimensiones económica y política que ligadas a la religiosa constituyen un tridente en el que se han configurado las principales causas de la violencia que ha padecido el país.

En lo económico, se trata de una guerra alimentada por la falta de la reforma agraria para la reducción de la inequidad y la pobreza (Lipton, 2009) y por la implantación de un modelo de desarrollo anticampesino (Uribe, 2013) que ha privilegiado las inversiones de grandes capitales en la agricultura y la industria y que, en las dos últimas décadas, se reproduce bajo el signo de la agroindustria (figura 0.1).

Figura 1.
Resistencia de la guerra en Colombia.



Fuente: Villamizar (2018, p. 181).

² “Una mirada retrospectiva ayuda a entender la situación. Cuando en 1938 el Departamento Administrativo Nacional de Estadísticas (DANE) comenzó a publicar registros de homicidios, Colombia ya tenía una tasa de 16/100,000 hab. Durante los años cincuenta la tasa subió, para bajar y oscilar entre 20-30/100,000 hasta comienzos de los años ochenta cuando comenzó una nueva rápida elevación que duró hasta comienzo de los noventa y desde entonces ha venido descendiendo” (Guerrero et al., 2017, p. 9).

El factor político ha favorecido la proliferación de la violencia en Colombia desde épocas remotas, a través de la concentración y el monopolio del poder, de la tierra y de las empresas en manos de la oligarquía colombiana o de empresarios que solo buscan satisfacer sus intereses de rentabilidad, mientras que el factor religioso, expresado concretamente en el catolicismo, muchas veces ha actuado como un elemento defensor y conservador del *statu quo*, intransigente y favorecedor de intolerancia, violencia y guerra (Plata y Vega, 2015). A ello se suma la presencia de una conciencia religiosa acrítica en la mayoría de los ciudadanos que son utilizados por los muchos líderes religiosos y políticos que pululan en el territorio para favorecer solo sus intereses proselitistas.

Además, encontramos que la violencia en Colombia ha vivido un proceso de mutación. Es decir, la violencia no ha desaparecido, sino que se ha ido transformando. Muestra de ello son los innumerables casos que así lo evidencian, como la muerte permanente de los niños por desnutrición en los departamentos de La Guajira y El Choco que han sido y siguen siendo los más pobres; los abusos, los vejámenes y las violaciones cometidos contra los menores de edad que años tras años van en un aumento vertiginoso; el feminicidio y los ataques indiscriminados con ácido a las mujeres; el exterminio de los partidos de oposición, como la desaparición de la mayoría de los miembros de la Unión Patriótica (UP) y de grupos que se han reinsertado a la vida nacional; la amenaza y matanza permanente de líderes sociales y defensores de derechos humanos; la aparición de nuevas y nefastas organizaciones criminales como las bandas criminales (bacrim) que han venido adquiriendo un mayor poder en el territorio sin ningún control del Estado; la persecución y el exterminio contra los recién reinsertados de la extinta guerrilla de la FARC, y otras manifestaciones violentas confirman la permanente mutación de la violencia en Colombia. A ello

se suman tanto la labor de una justicia ineficiente y maniatada que, en muchos casos, ha sido encubridora de la corrupción como la ausencia de unas políticas integradoras y eficientes por parte del Estado que den respuesta de manera real a las necesidades y expectativas de la mayoría de la población colombiana y no solo a unos pocos.

Todos estos factores y situaciones descritos corroboran que el territorio colombiano ha sido una especie de laboratorio que ha favorecido la propagación de la violencia y el conflicto, acentuados por las situaciones desigualdad y de pobreza en las que está sumida la gran mayoría de la población colombiana, asentada en los grandes cordones de miseria que proliferan en las principales ciudades del país. Muchos de estos asentamientos no cuentan con las condiciones mínimas de vivienda, salud y educación, ni muchos menos con oportunidades laborales que les permita sobrevivir.

En consecuencia, el conjunto de todas estas situaciones solo ha favorecido la afluencia y reproducción de organizaciones armadas ilegales, que, alimentadas por el negocio ilícito del narcotráfico y el crimen organizado, han puesto en zozobra permanente especialmente a las comunidades rurales y campesinas. En otras palabras, todos estos aspectos reseñados constituyen los mecanismos de combustión que solo favorecen la propagación de la violencia en formas heterogéneas con consecuencias lamentables para todos (Pecaut y González, 1997).

Por otra parte, y de forma paralela en nuestro país, está haciendo presencia una especie de subcultura que cohonesto de forma fácil con lo guerrista, lo violento y lo ilícito, convirtiéndose en algo normal y común a la vista de todos. Triste y lamentablemente coadyuvadas por actitudes de acción, omisión,

resignación e indiferencia. Según estudios de violentología, una de las razones que la avalan está en que muchas generaciones colombianas crecieron creyendo que la mejor forma de resolver los conflictos era el uso de la violencia a través de las armas y de la lógica del más fuerte. Situación que se ha convertido en un impedimento para la procura de la reconciliación y pacificación nacional. Nos urge romper con estos imaginarios y actitudes presentes en nuestro país y que son el palo a la rueda para el forjamiento de una cultura democrática y pacifista, en la que el diálogo y la discusión sana tengan cabida, los sentimientos de empatía con el otro afloren permanentemente, considerando y respetando sus puntos de vista de forma respetuosa.

La realidad nos exige crear y promover unos contextos y unas condiciones que sean propiciadoras de un cambio cultural profundo, empezando con la primera infancia para que la violencia deje de ser una forma culturalmente consentida en la solución de los conflictos. “Solo así se podrá desarrollar una cohorte de colombianos solidarios, no violentos, que puedan vivir en paz” (Guerrero et al., 2017, pp. 9-10). De igual manera, es necesaria la ética de la responsabilidad para con la sociedad, con el otro, con el universo y consigo mismo, de tal modo que permee nuestro ser y quehacer como colombianos. De esta forma, se hará que la paz florezca y la violencia se marchite (Wills, 2016).

En continuidad con lo expuesto, cabe precisar que la gran mayoría de la sociedad colombiana quiere y anhela la paz, pero no una paz cualquiera, sino aquella que está cimentada en los principios de la verdad, la justicia, la reparación y la reconciliación, propiciadora de ambientes que facilitan la democracia y la promoción de las libertades humanas para todos y con todos, y sobre todo en armonía con la naturaleza.

La tarea de la paz exige que no desconozcamos ni olvidemos el pasado como nos lo recuerda aquel adagio popular lleno de sabiduría: “un pueblo que desconoce su historia está condenado a repetirla”. Es en este momento y en esta hora en que se hace urgente la necesidad imperiosa de cimentar el presente y el devenir del país con la paz para que las presentes y futuras generaciones no se ahoguen en el sinsentido que acompañó a muchas de nuestras generaciones.

La construcción de la paz por razones éticas y morales exige conocer objetivamente el “cómo y por qué ocurrieron los hechos” y “dónde están los victimarios y las víctimas” que otros atentaron contra la paz. Estos interrogantes y otros solicitan respuestas a cada uno de los actores e instituciones que hicieron parte del conflicto para que este tipo de acciones violentas que destruyen la vida tanto en el presente como en el futuro no vuelvan a tener asidero en ninguna parte del país ni del planeta. De igual manera, la sociedad civil colombiana, en la que está presente la comunidad cristiana, demanda un registro confiable de la historia, además de las soluciones políticas, el restablecimiento de la verdad de lo ocurrido mediante la suma de lecturas y análisis de lo acontecido con el solo pretexto de ahondar en la construcción de la paz y de la reconciliación que requiere el país, siendo uno de nuestros grandes deberes morales de nuestro ser de cristianos (Bernaes, 2016).

El libro está estructurado en seis capítulos relativamente autónomos, en términos estilísticos, metodológicos y conceptuales, pero giran alrededor de un interés común: la caracterización del actuar de los obispos de la Iglesia católica en Colombia, enmarcada en su contexto histórico y confrontada por un marco de referencia teológico sobre la paz. Si bien es cierto que la disciplina teológica domina el ritmo del discurso general, es claro que los fenómenos humanos no pueden ser comprendidos desde los límites de una única disciplina. Por esto,

el recurso a documentos, fuentes, registros y marcos teóricos conceptuales no obedece, por tanto, a la lógica disciplinar (historia, religión, teología, filosofía política, etc.), tradicionalmente concebida en la academia, sino a la necesidad histórica y contextual de caracterizar el accionar de los obispos.

Al avanzar en esta caracterización a partir de una elaboración teológica sobre la paz, el propio objeto de investigación nos avisa de los peligros de los anacronismos. Podría, así, pensarse que durante un largo periodo el saldo de los obispos frente a la paz aparece como negativo. Y, sin embargo, es nuestra recomendación que los lectores comprendan este escenario histórico anterior a los procesos oficiales de paz (década de los ochenta) como estando fuera del marco conceptual contemporáneo que usamos para definir la paz. Quedarían, pues, de esta forma, como elementos cruciales de un telón de fondo que nos permite valorizar, aun con un mejor criterio, la participación de los obispos en los procesos de paz de hoy.

El capítulo uno aborda dos escenarios históricos: la insurrección comunera y la guerra de los Mil Días (siglos XVIII, XIX y XX). Se concentra en mostrar cómo las decisiones, acciones y posturas de los obispos afectan el desenlace histórico de estos conflictos. Muestra cómo el arzobispo Caballero y Góngora desempeña un papel crucial en la deslegitimación del cambio político que exigía el movimiento de insurrección comunera, que implicaba la condena de la mayoría de la población a vivir en la pobreza e injusticia. El segundo escenario, la guerra de los Mil Días, estuvo azuzada por una serie concatenada de conflictos nacionales que se dieron durante el siglo XIX motivada por la forma pendular como buscaba organizarse el Estado colombiano. Ello lo explica la presencia de dos fuerzas oponentes y contrarias: por una parte, el centralismo y, por otra, el federalismo. Aquí fue evidente la participación de los obispos de

Antioquia, Popayán y Pasto, quienes fueron protagonistas al oponerse a las políticas del gobierno liberal que había creado una educación pública distante de lo religioso, había hecho cerrar conventos y llevó al exilio a muchos clérigos. Se muestra entonces como reacción a los liberales la respuesta de los jerarcas quienes actuaron con odio y venganza en busca de aliarse con gamonales de las regiones para formar grupos de escuadrones para ir a la guerra.

El capítulo dos se ocupa de la época de la violencia bipartidista en la que sobresale como actor principal el bipartidismo político, caracterizado por las constantes pugnas que alimentaron odios y venganzas, con la que agudizaron la polarización y el enfrentamiento del país en dos bandos beligerantes: liberales contra conservadores, y viceversa. En muchos momentos de la historia nacional, al no poder vencer a su contrincante por ninguno de los medios, se optó en repetidas ocasiones por hacer coaliciones. Un ejemplo grandilocuente fue el pacto del Frente Nacional, un acuerdo político entre los dos partidos para mantenerse en el poder. El Partido Conservador, proclive, por su ideología, a la defensa del tradicionalismo y del *statu quo*, favoreció para que los jerarcas optaran por una alianza estrecha con este partido que estaba muy afín a las directrices de la catolicidad de la época, que era de corte anticomunista. Esto favoreció la reacción de la Iglesia católica a los cambios de la modernidad propiciados por el liberalismo, el socialismo y el comunismo. El bipartidismo se opuso al surgimiento en el escenario nacional de otras opciones políticas que fueron calificadas de demoniacas y perturbadoras de la estabilidad de la nación, y en la que tuvo lugar el asesinato, en 1948, de Jorge Eliécer Gaitán, líder que representaba una opción política cercana a los sectores populares y que visibilizaba, entre otras cosas, el movimiento por la reforma agraria. Se

muestra, así, cómo la tierra ha sido uno de los factores de mayor influencia en la propagación del conflicto nacional.

El capítulo tres contempla el escenario geopolítico del surgimiento de las guerrillas, enmarcado por un escenario transnacional o global. Propone una relectura de eventos e interpretaciones históricas locales en la que se reposiciona a los actores tradicionales de un conflicto que parece escapar a reduccionismos, pero que, al mismo tiempo, exige una perspectiva crítica que opte por la apuesta humana y social de comprender la historia. Es el momento también para exponer e interpretar el cambio de perspectiva de la Iglesia católica colombiana en su episcopado frente a las guerrillas, frente al Estado y frente a la paz. Muestra cómo el desafío por la paz, sumado a una conciencia teológica cada vez más enriquecida por los avances de las ciencias humanas y sociales, se encuentra en la base de esta transformación. Sin embargo, apunta los necesarios límites y condicionamientos de este lento proceso de transformación del episcopado.

El cuarto capítulo aborda tanto el conflicto generado en el país por la aparición de los paramilitares como la negociación oficial que se estableció con ellos durante el primer periodo del Gobierno de Uribe, en la que algunos obispos colombianos desempeñaron un rol significativo. Estos grupos, aunque se quisieron presentar, supuestamente, como “respuesta armada” al accionar de las guerrillas de izquierda, dan cuenta de un origen articulado a estrategias estatales importadas desde los Estados Unidos, y últimamente con comprobados vínculos con el narcotráfico, que, esgrimiendo el fantasma anticomunista, resultaron ser un freno, estigmatización y eliminación de los integrantes de movimientos políticos, sociales y populares surgidos a favor de la construcción de una sociedad más justa y democrática. En el desarrollo del capítulo, se va mostrando que, si bien la negociación tuvo un objetivo loable, su manipulación,

el alto grado de impunidad y la posterior transformación y maquillaje del fenómeno terminaron siendo un aval justificador del paramilitarismo como un proyecto gubernamental que hoy sigue presente en el panorama nacional.

El quinto capítulo se circunscribe en el análisis de los libros de la Biblioteca para la Paz desde la clave de lectura de la participación de los obispos en los procesos de paz ocurridos en Colombia desde 1980 hasta 2014. Para apoyar esta labor y aprender del ejercicio de indagación, un grupo de jóvenes pertenecientes al semillero Humani Dei del programa de Teología se dio a la tarea de realizar un ejercicio de análisis documental teniendo como base los libros de la Biblioteca de la Paz de la Fundación Cultura Democrática, centrados en la pregunta por el papel de la Iglesia en esta realidad y su rol en estos procesos de paz. Se hizo un rastreo a través de una matriz de las “huellas” que indicaran las acciones, las palabras, los comentarios y las referencias donde apareciera la Iglesia católica o sus representantes en relación con la paz. Es una visión documental que recoge un trabajo colectivo y busca sumarse a los procesos de investigación y revisión bibliográfica alrededor de la paz y la participación de la Iglesia.

Finalmente, el sexto y último capítulo plantea un balance general del papel de los obispos en relación con el trabajo por la paz, mediante la formulación de algunas proposiciones generales, que se presentan a manera de desafíos para la Iglesia colombiana. El fundamento de estos desafíos está abordado desde las directrices del Concilio Vaticano II sobre la paz y los escritos de los papas Juan XXIII, Pablo VI y Francisco para que orienten y animen la participación del episcopado colombiano a ser promotores de procesos de paz y propender a que todos los territorios y las comunidades del país se impregnen de la cultura de paz que hará que fluya la vida con dignidad para todos. Por tanto, el actuar de una Iglesia inspirada y visionada por el Evangelio de la paz constituye una

clara renuncia a la violencia, a la guerra, al mal y al egoísmo comprendido como búsqueda de sus propios intereses, para elegir y vivir el bien, la verdad, la justicia y la reconciliación para todos.

Referencias

- Bernales Rojas, G. (2016). El derecho a la verdad. *Estudios Constitucionales*, 14(2), 263-304. <https://doi.org/10.4067/S0718-52002016000200009>
- Flórez Suárez, L. E., Caicedo Álvarez, J. F., Peña Infante, L. H. y Ospina Arias, D. F. (2019). *La Iglesia colombiana frente al conflicto*. Fundación Universitaria Católica Lumen Gentium.
- Guerrero, R. y Fandiño-Losada, A. (2017). ¿Es Colombia un país violento? *Colombia Médica*, 48(1): 9-11. <https://www.anmdecolombia.net/attachments/article/521/colombia%20violenta.pdf>
- Mignolo, W. (2007). *La idea de América Latina: la herida colonial y la opción decolonial*. Gedisa.
- Plata Quezada, W. E. y Vega Rincón, J. J. (2015). Religión, conflicto armado colombiano y resistencia: un análisis bibliográfico. *Anuario de Historia Regional y de las Fronteras*, 20(2), 125-155. <https://doi.org/10.18273/revanu.v20n2-2015005>
- Pecaut, D. y González, L. (1997). Presente, pasado y futuro de la violencia en Colombia. *Desarrollo Económico*, 36(144), 891-930. <https://doi.org/10.2307/3467131>
- Wills, M. E. (2016, 3 de mayo). “Los colombianos no son violentos por naturaleza”: María Emma Wills. *El Espectador*. <https://www.elespectador.com/>

noticias/nacional/los-colombianos-no-son-violentos-naturaleza-maria-emma-articulo-630456

Villamizar, J. C. (2018). Elementos para periodizar la violencia en Colombia: dimensiones causales e interpretaciones historiográficas. *Ciencia Política*, 13(25), 173-192. <https://doi.org/10.15446/cp.v12n25.65251>

